

# LA PENA DE MUERTE

y bendecir. Mientras se hicieron todas estas operaciones, el cura Merino conservó la mayor compostura y unión religiosa, aunque tuvo algunos detalles de humorismo cuando le cortaron el pelo de la coronilla entre el obispo y el peluquero; el cura Merino le dijo: «No corte usted mucho, porque hace frío y puedo resfriarme».

Luego, cuando se terminaba la ceremonia y el público de la calle prorrumpía en vivas a la Reina, Merino no pudo menos de exclamar: «¡Por qué no cierran esos balcones, y no lo digo por mí, sino por la solemnidad del acto!». Después de esto, el obispo de Málaga puso al reo a disposición del Juzgado, para que le condujese a la capilla de los ajusticiados. En ella estuvo muy complaciente con todos los Hermanos de la Paz y Caridad y especialmente con el duque de San Carlos, con el que tuvo largas conversaciones, y con el cura Puig y Esteve, al que demostró ser hombre ilustrado y excelente latinista. Más tarde se confesó, recibió el Viático e hizo testamento en favor de su criada, Dominga Castellanos, a la que tenía gran cariño, y dejando sus libros a un catedrático de la Universidad.

Algunos de sus acompañantes en la cárcel elevaron una solicitud de

indulto a la Reina, que fue denegado. Merino durmió algunas horas, y por la mañana temprano rezó algunas oraciones y se desayunó con un chocolate y unos bollos. Ya tarde, a eso de las doce, le presentaron la hoga, a cuya vista exclamó: «¡Es fea, pero no tanto como yo creía!».

Cuando salió de la cárcel rezó una salve en latín ante la Virgen, despidiéndose cariñosamente de todos. Montó diligente en el borriquito que había de conducirlo, y en la mano llevaba tranquilamente una imagen de la Virgen, a la que dirigía miradas y de la que apartaba la vista algunos momentos para mirar al público. Al pasar junto a una iglesia, dijo: «Esta torre está muy inclinada». La escalera del patíbulo la subió sin necesidad del auxilio de nadie, y al querer hablar al público, ahogaron su voz los gritos del pueblo, que gritaba: «¡Viva la Reina!». El cura Merino, sin descomponerse, se sentó en el banquillo, diciendo al verdugo: «Cuando usted quiera», y empezó a rezar al credo; mientras, el verdugo daba vueltas al fatal tornillo, y el frustrado regida dejaba de existir. El cadáver de Merino fue quemado en el cementerio, donde se le condujo, y sus cenizas, esparcidas en la sepultura común.

lores del día. Nunca pudo verse una multitud más alegre y bulliciosa, con aquellos tintes de añil y de fresa que parecían tremolar al mismo ritmo de las banderas, en la mañana límpida y soleada. Las fámulas del Comisario estaban acomodadas a las ventanas, gritando y riendo —y riendo más aún cuando la estremecida mano de un oficial se les subía por encima de las corvas—. Muchos niños se habían trepado al techo de los edificios para ver mejor. Humeaba la fritura, derramábanse las jarras de jugos y garapiñas, y el ron clarín, tempranamente bebido, sobrealzaba los ánimos. Sin embargo, cuando Monsieur Anse se presentó en lo alto del patíbulo llevando sus mejores ropas de ceremonia —tan grave en su menester como bien descañonada por el barbero— se hizo un hondo silencio. Pointe-a-Pitre no era el Cabo Francés, donde, desde hacía tiempo, existía un excelente teatro alimentado de novedades por compañías dramáticas de tránsito para la Nueva Orleans. Aquí no se tenía nada semejante; nunca habiase visto un escenario abierto a todos, y por lo mismo descubrían las gentes, en aquel momento, la esencia de la Tragedia. El Fatum estaba ya presente, con su filo en espera, inexorable y puntual, acechando a quienes, por mal inspirados, habían vuelto sus armas contra la Ciudad. Y el espíritu del Coro se hallaba activo en cada espectador, con las estrofas y antiestrofas que brincaban y rebrincaban por encima del tablado. De pronto apareció un Mensajero, abrieron paso los Guardias, y la carreta hizo su entrada en el vasto decorado de la Plaza Pública trayendo a los dos condenados, de manos unidas por un mismo rosario, encima de las muñecas amarradas. Se oyeron solemnes redobles de cajas; funcionó la búsula, cargando con el peso de un hombre obeso, y cayó la cuchilla en medio de un clamor de expectación. Minutos después, las dos primeras ejecuciones estaban consumadas... Pero no se dispersó la multitud, acaso sorprendida, al momento, de que el espectáculo trágico hubiese sido tan breve —con aquella sangre aún fluida que se escurría entre las rendijas del escenario. Pronto, por sacarse del horror que los tenía como estupefactos, pasaron muchos, repentinamente, al holgorio que habría de alargar aquel día que ya se daba por feriado y de sueto. Había que lucir las ropas recién estrenadas. Había que hacer algo que fuese afirmación de vida ante la Muerte. Y como los bailes de figuras eran los más apropiados para valorar atuendos y alborotar el tornasol de las faldas carmañolas, se dieron algunos a armar contrandanzas de adelantar y retroceder en ringlera, mudar de parejas, hacerse reverencias y contonear las cinturas, desatendiendo a los bastoneros impro-

visados que trataban, en vano, de mantener alguna compostura en las filas y grupos. Al fin, tanta era la algarabía, tantas eran las ganas de bailar y saltar y reír y gritar, que se liaron todos en una enorme rueda, pronto rota en farándula, que, luego de dar vueltas en torno a la guillotina, se lanzó a las calles aledañas, yendo y regresando, invadiendo traspatios y jardines, hasta la noche. Ese día se inició el Gran Terror en la isla. No paraba ya la Máquina de funcionar en la Plaza de la Victoria, apretando el ritmo de sus tajos. Y como la curiosidad por presenciar las ejecuciones era siempre viva donde todos se conocían de vista o de tratos —y guardaba éste sus rencores contra aquél, y no olvidaba el otro alguna humillación padecida...— la guillotina empezó a centralizar la vida de la ciudad. El gentío del Mercado se fue mudando a la hermosa plaza portuaria, con sus aparadores y hornillas, sus puestos esquineros y tenderetes al sol, preguntándose a cualquier hora, entre diplomes de cabezas ayer respetadas y aduladas, el buñuelo y los pimientos, la corosola y el hojaldre, la anona y el pargo fresco. Y como era muy apropiado para tratar negocios, el lugar se transformó en una bolsa volante de escombros y cosas abandonadas por sus amos, donde a subasta podía comprarse una reja, un pájaro mecánico o un resto de vajilla china. Allí se cambiaban arneses por marmitas; naipes por leña; relojes de gran estilo por perlas de la Margarita. En un día se elevaban el mostrador de hortalizas, el escaparate de buhonías, a la categoría de tienda mixta —tremendamente mixta— donde aparecían baterías de cocina, salseras armortadas, cubiertos de plata, piezas de ajedrez, tapicerías y miniaturas. El patíbulo se había vuelto el eje de una banca, de un foro, de una perenne almoneda. Ya las ejecuciones no interrumpían los regateos, porfías ni discusiones. La guillotina había entrado a formar parte de lo habitual y cotidiano. Se vendían, entre perejiles y oréganos, unas guillotinas minúsculas, de adorno, que muchos llevaban a sus casas. Los niños, aguzando el ingenio, construían unas maquinillas destinadas a la decapitación de gatos. Una hermosa parda, muy distinguida por un lugarteniente de De Leysegues, ofrecía licores a sus invitados en unos frascos de madera, de forma humana, que al ser colocados en una búsula largaban los tapones —con graciosos rostros pintados, claro está— bajo la acción de una cuchilla de juguete, movida por un pequeño verdugo automático. Pero, a pesar de las muchas novedades y diversiones traídas en aquellos días a la vida pastoril y recoleta de la isla, podían observar algunos que el Terror empezaba a descender los pedlaños de la condición social, segundo ya a

Alejo Carpentier

## LA GUILLOTINA EN EL NUEVO MUNDO

Víctor Hugues llevó a Guadalupe las ideas de la Revolución francesa y también cruzó el océano la guillotina: «Ahí estaba el armazón, desnuda y escueta, nuevamente plantada sobre el sueño de los hombres, como una presencia —una advertencia— que nos concernía a todos por igual...». Como en el texto de Solana, en este de «El siglo de las luces», de Alejo Carpentier (1), las ejecuciones —por la guillotina ahora— aparecen como convocatorias espectaculares y masivas.

(1) «El siglo de las luces», Alejo Carpentier. Barral Editores.

**T**ODAVIA quedaban algunos focos de resistencia en la Base-Terre. Pero el arresto de los hombres traicionados por Graham se esfuamaba en cuanto ellos lograban apoderarse de alguna balandra para huir a una isla vecina. Cuando cayó el Fort-Saint-Charles, dióse por terminada la campaña. La Desirade y la María Galante —cuyo gobernador, ex constituyente pasado al servicio de Inglaterra, prefirió suicidarse antes que presentar combate— estaban en poder de los franceses. Víctor Hugues era dueño de la Guadalupe, pudiendo anunciar a todos que ahora se trabajaría en paz. Y, para apoyar sus palabras con algún gesto simbólico, plantó los árboles que habrían de dar sombra en el futu-

ro a la Place de la Victoire. Entonces tuvo lugar el acontecimiento que todos esperaban, desde hacía tiempo, con angustiada curiosidad: la guillotina empezó a funcionar en público. El día de su estreno en las personas de dos capellanes monárquicos que habían sido sorprendidos en una granja donde se ocultaban fusiles y municiones, la ciudad entera se volcó en el ágora donde se alzaba un fuerte tablado con escalera lateral, al estilo de París, montado en cuatro horcones de cedro. Y como las modas republicanas ya se habían insinuado en la colonia, aparecieron mestizos vestidos de cortas chaquetas azules y pantalón blanco listado de rojo, en tanto que las mulatas lucían madracas nuevos con los co-



«La pasión de Sacco y Vanzetti», por Ben Shann (1932).

F. Brigneau

## EL CASO SACCO-VANZETTI

Uno de los procesos más vergonzosos de nuestro siglo fue el que se siguió en Estados Unidos contra los anarquistas de origen italiano Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti. El 15 de abril de 1920, dos cajeros de un Banco de South-Bantrea fueron muertos por unos pistoleros. La Policía detiene a un anarquista italiano, Salcedo, amigo de Sacco y de Vanzetti. Estos organizan mítines de protesta, distribuyen panfletos. Salcedo se suicida saltando desde una ventana. Sacco y Vanzetti son detenidos. A Sacco se le ocupa una pistola. A Vanzetti se le acusa de haber conducido el coche de los asaltantes. Sacco protesta de su inocencia. Vanzetti asegura que no sabe conducir. No importa. Son italianos y anarquistas. De nada vale la confesión de Celestino Madeiros, que sí había participado en el asalto a los cajeros, en el sentido de que Sacco y Vanzetti no estaban con él. Las izquierdas, y no sólo las izquierdas, de todo el mundo protestan. Nada sirvió de nada. Sacco y Vanzetti pasarían siete años en sus estrechas celdas a la espera de su ejecución. Esta tuvo lugar en la noche del 22 al 23 de agosto de 1927 (1).

(1) De Charlot a Hitler. El caso Sacco-Vanzetti. F. Brigneau. Editions Denoel.

El gobernador de Massachusetts ha salido de su residencia de Rye Beach a las cinco de la mañana. Desde las siete no ha dejado de recibir delegaciones, que se suceden unas a otras cada diez minutos. Mientras escucha a sus visitantes, el gobernador permanece inmóvil, sus ojos azules fijos en un retrato de Washington. Cuando aquéllos terminan su alegato, el gobernador murmura:

—Lo siento, pero mi conducta está dictada por la ley.

Y añade, levantándose de su asiento como para dar a entender que la entrevista se ha acabado:

—La justicia seguirá su curso.

De cuando en cuando llegan telegramas. En Nueva York, en Chicago, en Boston se desarrollan mítines violentos como era de prever. Pero la policía controla la situación en todas partes.

—El siguiente.

—Son dos damas —anuncia el ujier.

Rosa Sacco y la hermana de Vanzetti entran en el despacho. Pare-

cen intimidadas y tienen lágrimas en los ojos; el abogado Masmunno, que las acompaña, se muestra también muy conmovido. Rosa Sacco se sienta en el borde de la butaca que le señalan. Es como si se preparase para caer de rodillas. El gobernador Fuller no se deja ablandar.

—Usted tiene también hijos, tiene hijos igual que yo —dice Rosa Sacco en un susurro apenas—. Es al padre al que yo me dirijo. Piedad, señor... ¡Piedad por unos inocentes!

—Yo los creo culpables.

—¡Ay!...

Rosa Sacco se hunde impotente en el sofá.

Ahora es Luigia Vanzetti quien, entre sollozos, exclama:

—Concédales al menos un plazo.

—Imposible.

Alvin Fuller se levanta.

—Lo siento. Mi conducta está dictada por la ley. La justicia seguirá su curso.

Una vez solo, descuelga el teléfono. Tiene línea directa con la prisión.

—¡Oiga!... La ejecución tendrá lugar a la hora señalada...

A las once empiezan a llegar los periodistas a la prisión. Se les acomoda en el amplio refectorio de los guardianes —contiguo al sector de los condenados a la última pena—. Allí tienen «sandwiches» de embutido y café y pasteles con que entretenerse.

—¿Qué hacen los condenados? —preguntan.

—Les están afeitando la cabeza.

Vanzetti charla con el peluquero. Sacco permanece en silencio.

El electricista-verdugo entra en la celda con los trajes especiales para la ejecución: unos trajes todo negros y ajustados que dan a los que los llevan un aspecto de ratas de hotel. Vanzetti se pone el ayo sin mostrar emoción alguna, pero se observa que ya sólo habla italiano.

—El novio se está vistiendo —murmura.

El peluquero traduce sus palabras.

Un ayudante, encargado de que el mono quede bien ajustado, roza ligeramente la piel de Vanzetti. Este, poseído de un extraño furor, le rechaza brutalmente.

—¡Marica! —grita—. ¡Y te prestas a esto! ¡Marica! Si Dios existiese, ni siquiera se apiadaría de tipos como vosotros, servidores de la muerte. No quiero que me vuelvan a tocar vuestras manos inocentes. Están manchadas del fango de los amos a quienes servís.

William Hendry, director de la prisión, consulta su cronómetro. Faltan cinco minutos para que